

Prólogo

La historia esta plagada de conflictos y guerras de las que resultan bandos ganadores y perdedores. Los primeros siempre deciden la verdad que perdurará para siempre en las crónicas, a pesar de que no siempre sea cierta. Este comportamiento belicoso y la manipulación de la verdad se atribuyen tradicionalmente a la raza humana, que gracias a su ventaja numérica y su barbarie llegó a ser la conquistadora última de la mayor parte de los territorios. Sin embargo, esta necesidad de lucha, a veces también llamada instinto de supervivencia, es inherente a todo ser vivo.

Desde el principio de los tiempos, hace mucho más de cien millones de años, la fuerza de la luz y la fuerza de la oscuridad que se formaron en el Origen, unieron sus poderes y lucharon por conseguir liberarse de su confinamiento: un mundo en el que toda la creación se mezclaba. En su lucha, consiguieron romper en pedazos el Origen, dando lugar a un nuevo mundo y a los primeros seres que lo poblarían, conocidos como “Criaturas del Génesis” o “Seres Originales”. Entre estos seres originales se encontraban la fuerza de la luz, que se autodenominó Einhasad, Diosa de la Luz y la Creación; y la fuerza de la oscuridad que se llamó a si mismo Gran Kain, Dios de la Oscuridad y la Destrucción.

Los autoproclamados dioses fundaron su hogar en un lugar llamado Elysium, situado sobre en el cielo del recién creado mundo, y fue allí donde engendraron a todos sus hijos: Shillen, Paagrio, Maphr, Sayha y Eva. Las demás criaturas del Génesis, entre las que destacan los Gigantes, ocuparon la tierra, el cielo y el agua, dejando totalmente vacío el mundo subterráneo, el Inframundo.

Los Gigantes, que eran sabios, inteligente, grandes y fuertes, mantenían su fe en Einhasad y Gran Kain, a los que agradecían la creación de la vida, y dominaron el mundo bajo la supervisión de los dioses. Fue durante este tiempo de paz cuando los dioses crearon las demás razas: elfos, orcos, enanos, arteias, humanos e incluso demonios. La mayor parte de las nuevas razas creadas por los dioses trabajaron para los Gigantes durante este tiempo.

Sin embargo los periodos de paz no duran tanto como parecen prometer, y cuando nadie lo espera, un nuevo conflicto comienza a aflorar. El motivo de los enfrentamientos no siempre es la conquista o la supervivencia. El despecho, los celos, el orgullo, el rencor y la desesperación son fuente de innumerables desavenencias. Esto es lo que ocurrió cuando Einhasad descubrió la relación secreta entre Gran Kain y su hija mayor, Shillen. Como resultado de esa relación Shillen quedó embarazada. La enfurecida Einhasad castigó a su hija desterrándola de Elysium, hacia la tierra que dominaban los Gigantes.

Sintiéndose totalmente desamparada, pues ni su propio padre intervino para defenderla, Shilen se refugió en un oscuro bosque donde, totalmente sola y llena de odio, comenzó a dar a luz. Entre los dolores del parto lanzó maldiciones contra sus padres y sus hermanos y así fue como nacieron los seis hijos de Shillen: Antharas, Valakas, Fafurion, Lindvior, Aulakiria y Skelth; los primeros y más grandes dragones que jamás han existido.

Consumida por el odio, Shilen unió fuerzas con los demonios, las criaturas que habían sido despreciadas por Gran Kain, formando un ejército de demonios y dragones que envió a Elysium para acabar con los dioses. Este fue el comienzo de lo que lo

Gigantes llamaron la Guerra de los Dioses, en la que ángeles y demonios, dioses y dragones, se enfrentaron en una lucha sin cuartel que se prolongó durante años. Finalmente, a pesar de que ambos bandos sufrieron numerosas pérdidas, la balanza se inclinó a favor de los dioses.

Aunque los dragones consiguieron emprender la retirada, Shilen había presenciado la muerte de la mayor parte de su ejército y, entristecida, hizo que los que perecieron fueran llevados al mundo subterráneo. Después, también ella descendió al Plano del Inframundo, convirtiéndose en la soberana del reino de los muertos. Einhasad aprovechando la oportunidad, selló a Shillen en el Inframundo. Pero la paz no volvería tan fácilmente.

La Guerra de los Dioses había acabado, pero sus consecuencias permanecían: los efectos colaterales de la lucha y el haber descuidado la situación en la tierra habían sembrado grandes incertidumbres. Los errores cometidos por los Dioses provocaron que los fieles Gigantes comenzaran a dudar que los llamados dioses fuesen merecedores de tal veneración. Después de todo, los Gigantes también eran poderosas Criaturas del Génesis, ¿qué podían tener los Dioses que no tuvieran ellos mismos?

La arrogancia y la sed de poder son motivos más que suficientes para nuevas hostilidades y los Gigantes se volvieron cada vez más arrogantes, intentando emular a los Dioses hasta el punto de llegar a crear nuevas formas de vida. Intoxicados por el poder y a pesar del intento fallido de Shillen, los Gigantes comenzaron a organizar un fuerte ejército capaz de desafiar a los mismos Dioses y convertirse así en sus sustitutos en el poder. Sin embargo, la tentativa de los Gigantes acabó por llevarles a su propia extinción cuando Einhasad, llevada por la furia, destruyó la mayor ciudad construida por los Gigantes, Arvitaire, situada en alguna parte de lo que hoy en día es la región de Schuttgart.

Tras la desaparición de los Gigantes, los decepcionados Dioses dejaron de interferir en los acontecimientos de la Tierra. Las diferentes razas que estos habían creado se vieron obligadas a depender solo de sí mismas cuando los Gigantes para los que siempre habían trabajado dejaron de existir y los Dioses que les dieron vida no volvieron a responder a sus plegarias.

Desde el principio fueron los elfos los que, gracias a sus habilidades en materia política, tomaron el control de la situación y tuvieron éxito al unificar las razas y seguir con sus vidas.

Pero de nuevo esta paz se vería interrumpida cuando se hizo evidente que los elfos no tenían la misma capacidad para gobernar que los Gigantes. Los poderosos orcos, decidiendo que un elfo no podía ser más que cualquier orco, se alzaron brutalmente contra la raza que los gobernaba. Los elfos buscaron alianza con enanos y arteias, pero ambos pueblos les negaron su ayuda: los pragmáticos enanos formarían parte del bando vencedor mientras que los arteias, tomando una posición neutral, decidieron desaparecer para no verse involucrados en temas políticos ni guerras. Cuando todo parecía perdido para los elfos, los humanos se presentaron ante ellos con una propuesta: ayudarían a los elfos en su guerra contra los orcos a cambio del conocimiento de su magia. Los humanos eran seres insignificantes para las demás razas, que los consideraban desechos de los Dioses, enseñarles magia era algo inimaginable. Pero a los desesperados elfos no les quedaba más opción que aceptarlos como aliados.

Con el tiempo, la alianza entre humanos y elfos fue ganando terreno al ejército orco, de modo que los volubles enanos pasaron a fabricar suministros de guerra para los

humanos, que se hacían cada vez más fuertes. Finalmente la magia élfica y la superioridad numérica humana, junto con el equipamiento fabricado por los enanos, obligaron a la milicia orca a retirarse a las tierras del norte de Elmore.

La peculiar alianza había conseguido su objetivo pero, debilitados tras la victoria sobre sus enemigos orcos, los orgullosos elfos nunca pensaron que sus aliados humanos podrían volverse contra ellos. Con los humanos como una nueva amenaza, los elfos se retiraron a la seguridad de sus bosques donde su magia era más poderosa, y allí construyeron mazmorras y fortalezas para protegerse. Pero después de tres meses de asedio no hubo nada que los elfos pudieran hacer contra la inagotable avalancha humana. Los elfos supervivientes escaparon hacia las profundidades del bosque y de esta manera los humanos se convirtieron en los conquistadores de toda la tierra.

Durante las guerras contra los orcos y los elfos los numerosos humanos habían comenzado a agruparse en primitivos reinos que luchaban entre sí para obtener la supremacía entre los suyos. En este periodo de tiempo el emperador Shunaiman unificó algunos territorios, formando el antiguo reino de Elmoreden; más tarde, al otro lado del mar, los reinos que ocupaban la región hoy día conocida como Gracia, se unieron formando el nuevo reino de Perios. Ambos reinos se enzarzaron en diversas contiendas a lo largo de los años.

El poder de la magia podía marcar la diferencia en el campo de batalla por lo que en el reino de Elmoreden se erigió la Torre de Marfil: un lugar dedicado al estudio y la enseñanza de la magia. Poderosos magos pasaron su vida estudiando en esta torre, entre ellos se encontraba Beleth, el mago más fuerte y uno de los mayores genios que jamás haya caminado sobre la tierra. Beleth se obsesionó con la magia de los gigantes, llegando incluso a adquirir casi toda su fuerza. Pero no sólo aumentaron sus poderes, su creciente ambición y sed de control lo convirtieron en un ser tan peligroso que los magos de la Torre de Marfil tuvieron que unir fuerzas para hacerle frente. Finalmente se vieron forzados a usar magia negra prohibida para lograr atraparlo y sellarlo. Más tarde, Beleth conseguiría escapar y huir hacia la isla de Hellbound para recuperar las fuerzas y continuar con sus misteriosos planes. Sin embargo, la magia oscura utilizada para detenerlo había ocasionado una irreparable devastación en la zona sur de la región que hoy se conoce como Gludio: se habían perdido muchas vidas y las tierras habían quedado baldías para siempre. Una catástrofe originada por un solo hombre, un “demonio entre los hombres”.

Otro poderoso mago fue el causante de alimentar la discordia que originó la escisión del pueblo de elfos del bosque en dos razas distintas.

Tiempo atrás, incluso antes de la formación del Imperio, el pueblo de los Elfos del Bosque estaba constituido por distintos grupos de elfos, con ciertas diferencias ideológicas y en su apariencia, pero conviviendo juntos en los bosques. Uno de estos grupos era conocido como los Elfos Marrones. Estos elfos tenían la fuerte convicción de que la guerra contra los humanos debía continuar, pero a pesar de su insistencia siempre encontraban una gran oposición por parte del resto de elfos.

Se dice que un día el mago humano llamado Dasparion se presentó ante el líder de los Elfos Marrones con la propuesta de ayudarles a adquirir el poder necesario para enfrentarse tanto a los demás Elfos del Bosque como a los humanos. A cambio, el humano deseaba el secreto de la vida eterna de los elfos. Seducidos por el poder oscuro que Dasparion poseía, los Elfos Marrones aceptaron sus condiciones y, una vez cumplido el trato, Dasparion desapareció de aquellos bosques.

Cuando lo ocurrido llegó a oídos de los líderes de los demás grupos de Elfos del Bosque la decisión estaba clara: los Elfos Marrones debían ser desterrados. Esto resultó en una batalla entre ambos bandos Élficos, sin embargo, siguiendo el complot ideado por Dasparion, los Elfos Marrones lanzaron un mortífero hechizo para aniquilar a los Elfos del Bosque. Con su último aliento, los poderosos magos de los Elfos del Bosque lanzaron una maldición sobre los Elfos Marrones y su bosque, convirtiéndolos en una raza de oscuridad. Así fue como nacieron los Elfos de la Oscuridad. En contraposición, los pocos Elfos del Bosque que sobrevivieron fueron llamados Elfos de la Luz.

Y es que la codicia de un solo ser es capaz de llevarlo a causar los peores desastres, provocar interminables guerras entre hermanos e incluso volver a cometer errores del pasado, especialmente si es un humano.

Mil años después de su fundación, el Reino de Elmoreden llegó a su época dorada, durante el reinado del Emperador Baium. Baium fue un emperador respetado por su pueblo y temido por sus enemigos. Junto con su ejército, consiguió expulsar a los orcos de la región norte de Elmore, dirigió varios ataques contra el Reino de Perios y llegó a ocupar algunas tierras del sur de Gracia. Pero hacia el final de su reinado Baium cometió un grave error, el mismo que había acabado con la raza de los Gigantes: desafiar a los Dioses.

Al igual que Dasparion, Baium deseaba la vida eterna. Una vida que le permitiera seguir gobernando hasta el final de los tiempos. Con la intención de llegar hasta los Dioses y obtener de ellos el secreto de la vida eterna, ordenó construir una torre descomunal. Una torre de tales dimensiones supuso un alto coste económico que acabaría debilitando el Reino.

Tras treinta años de construcción, la torre ya estaba acabada y Baium, dispuesto a llevar a cabo su plan, subió hasta el último piso de la torre para exigir a los Dioses que cumplieran su deseo. Finalmente los Dioses, furiosos por la insolencia de Baium, aceptaron concederle la vida eterna. Pero como castigo el Emperador jamás saldría de aquella torre, que desde entonces es conocida como la Torre de la Insolencia.

Tras la repentina desaparición del Emperador, tuvieron lugar incontables disputas entre los miembros de la familia real por hacerse con el poder. También numerosos miembros de la aristocracia lucharon para poder reclamar el trono. Debido a estas luchas internas y al coste de la construcción de la torre, Elmoreden se debilitó tanto que en cuestión de unos veinte años pasó de ser el Reino más poderoso a sumirse completamente en la confusión. Con el tiempo, también Perios desapareció en los polvorientos tomos de la historia.

Al margen de los conflictos humanos, los elfos no podían hacer otra cosa que luchar por su vida en la interminable batalla contra sus hermanos oscuros. Mientras tanto, los enanos no eran rivales para el arrasador ejército orco, que fácilmente los hizo a un lado a pesar de sus propias luchas entre orcos nobles y orcos menores.

Tras la desaparición de ambos reinos humanos, la aristocracia humana luchó por la supremacía, llegando incluso a ofrecer tierras a no humanos a cambio de poder militar. En este tiempo emergió una facción humana dominante, conocida como el Reino de Elmore. Este ejército mantuvo una guerra contra las tropas de orcos que habían decidido aprovechar su oportunidad para ganar terreno a los humanos. Finalmente, la armada de Elmore consiguió expulsar a los orcos de vuelta a sus tierras, y los pocos enanos que quedaron en Elmore fueron desterrados a las Montañas Espina. De esta manera, las

tropas de Elmore ganaron el control de todas las tierras del norte y marcharon hacia el sur para intentar una nueva unificación.

En el sur, varios reinos prosperaban bajo la protección de Oren, el más poderoso de los reinos del sur del continente. Después de rechazar la invasión por parte de Elmore, estos reinos comenzaron a formar una nación. Por este tiempo comenzó a oírse el nombre de Raoul, un carismático líder que derrotaba a aquellos que se le oponían usando las palabras en lugar de armas. Con las amenazas de Elmore al norte y el nuevo Reino de Gracia al otro lado del mar, Raoul usó la persuasión para crear una firme unión entre los reinos del sur y, combinando estas fuerzas con su leal aliada Innadril, estableció el Reino de Aden. A partir de entonces, Raoul sería conocido como el Rey de la Unificación.

El nuevo Reino de Aden probó ser una fuerza a tener en cuenta con su exitosa defensa ante el avance de Elmore. Sin embargo, la tragedia golpeó al Reino de Aden con la repentina muerte de Raoul, hecho que Elmore aprovechó para un nuevo ataque al norte de Aden. El sucesor de Raoul consiguió defender el Reino de los invasores, pero tras morir a causa de una misteriosa enfermedad, el siguiente en la línea de sucesión era un chico de dieciséis años llamado Amadeo.

Paris, el emperador de Gracia, subestimó al joven Amadeo. A pesar de que el chico había conseguido una brillante defensa contra un ataque a gran escala por parte de Elmore, Gracia lanzó un ataque masivo sobre Aden. El resultado fue desastroso, gracias a la alianza temporal que Amadeo había firmado con Asteir, el derrocado rey de Elmore.

La batalla que tubo lugar en Giran fue el punto de inflexión de esta guerra. Las desmoralizadas tropas de Gracia se retiraron a sus tierras tras la derrota que supuso una profunda herida en el orgullo de su Rey. Con el tiempo, Paris cayó enfermo y murió, dejando un heredero incapaz de gobernar el reino. Pronto Gracia quedó dividida en dos facciones, Norte y Sur, y comenzó a sufrir diversos conflictos internos que acabarían consumiendo todas sus energías. Amadeo aprovechó este receso para reforzar el Reino de Aden. A través de sus esfuerzos, Aden, Elmore y Gracia firmaron un tratado y entraron en una época de incómoda paz. Esta época de aparente paz ha llegado hasta nuestros días, sin embargo la simple ausencia de guerra no es sinónimo de una paz verdadera.

Siempre hay que seguir luchando, en el más amplio sentido de la palabra. Ya sea por lograr un objetivo, por conquistar un territorio o un amor, por la supervivencia o por defender a otro, todo ser ha nacido para luchar. Cada individuo es un guerrero nato y su vida de principio a fin no es sino una batalla.